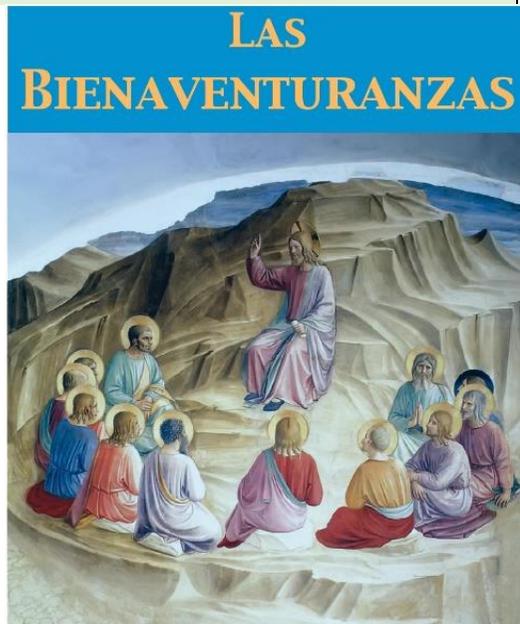




Lectura del santo evangelio según san Mateo (5, 1-12a):

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo».



A CONTRA CORRIENTE

“Puede haber muchas teorías sobre lo que es la santidad, abundantes explicaciones y distinciones. Esa reflexión podría ser útil, pero nada es más iluminador que volver a las palabras de Jesús y recoger su modo de transmitir la verdad. Jesús explicó con toda sencillez qué es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas (cf. *Mt 5,3-12; Lc 6,20-23*). Son como el **carnet de identidad del cristiano**. Así, si alguno de nosotros se plantea la pregunta: «¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?», la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas. En ellas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas.

La palabra «feliz» o «bienaventurado», pasa a ser sinónimo de «santo», porque expresa que la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha.

Aunque las palabras de Jesús puedan parecernos poéticas, sin embargo, van muy a contracorriente con respecto a lo que es costumbre, a lo que se hace en la sociedad; y, si bien este mensaje de Jesús nos atrae, en realidad el mundo nos lleva hacia otro estilo de vida. Las bienaventuranzas de ninguna manera son algo liviano o superficial; al contrario, ya que solo podemos vivirlas si el Espíritu Santo nos invade con toda su potencia y nos libera de la debilidad del egoísmo, de la comodidad, del orgullo.

Volvamos a escuchar a Jesús, con todo el amor y el respeto que merece el Maestro. Permitámonos que nos golpee con sus palabras, que nos desafíe, que nos interpele a un cambio real de vida. De otro modo, la santidad será solo palabras. Recordamos ahora las distintas bienaventuranzas en la versión del evangelio de Mateo (Papa Francisco, *Gaudete et exultate*, 63-66).

“El día en que enseñaste: Bienaventurados los pobres, bienaventurados los perseguidos, yo no estaba allí. Si hubiera estado junto a Ti, te hubiera susurrado al oído: «Por favor, cambia, Señor, tu discurso, si quieres que alguien te siga. ¿No ves que todos aspiran a las riquezas y a las comodidades? Catón prometió a sus soldados los higos de África, y César las riquezas de la Galia, y, bien o mal, encontraron seguidores. Tú prometes pobreza, persecuciones. ¿Quién quieres que te siga?» Impertérrito, continuas y te oigo decir: Yo soy el grano de trigo que debe morir antes de fructificar. Es preciso que yo sea levantado sobre una cruz; desde ella atraeré a mí el mundo entero. Ya se cumplió esta profecía: Te levantaron sobre la cruz. Tú la aprovechaste para extender los brazos y atraerte a la gente. ¿Quién podrá contar los hombres que han llegado hasta el pie de la cruz, para arrojarse en tus brazos?

Ante este espectáculo de las multitudes que, desde todas las partes del mundo y durante tantos siglos, acuden incesantemente al crucificado, surge la pregunta: ¿Se trata solamente de un hombre extraordinario y bienhechor o de un Dios? Tú mismo diste la respuesta, y quien no tiene los ojos cegados por los prejuicios, sino ávidos de luz, la acepta”. (Albino Luciani. *Ilustrísimos señores*)

MEDITACIÓN DEL P. TOMÁS MORALES

Las bienaventuranzas son el programa de vida que han seguido fielmente todos los santos, y les ha conducido al Cielo. Ellos supieron hacer de su vida heroísmo al servicio de Cristo. **Tuvieron la valentía de perder la vida para salvar el alma, viviendo el paradójico programa de las Bienaventuranzas.** *Quien salva su vida, la perderá. Y quien pierde su vida por mi amor, la salvará* (Mt 10,39). Por eso este evangelio se lee todos los años en la liturgia de la festividad de todos los Santos.

Es imposible, pues, comprender bien su significado sin el ejemplo de tantos hermanos nuestros que habiéndolo vivido fiel y valientemente, ven ya en el cielo colmada del todo su esperanza. **Los santos y mártires nos fortalecen y animan a ser coherentes con la fe.** El testimonio de los cristianos primitivos es muy elocuente. Necesitaban llenarse de heroísmo para dar su vida por el Maestro querido. El ejemplo de sus hermanos mártires les fortalecía. Así, empezaron a conmemorar todos los años el aniversario de su muerte, mejor, el día de su nacimiento para el cielo: *dies natalis*. Esas solemnidades de los mártires las instituyeron para venerar restos gloriosos de hermanos queridos. Pero principalmente para convertirlas en exhortaciones al martirio, animando a los que todavía vivían en la tierra. A lo largo de trescientos años, este culto a los mártires fue individual y esporádico, y pronto se extenderá a toda la Iglesia.

Viendo Jesús a la muchedumbre, subió al monte y se sentó. Viéndonos también a nosotros, se sienta en el sagrario y abre sus labios para enseñarnos cómo tenemos que conquistar el cielo. **Las bienaventuranzas nos marcan el camino.** Recorriéndolas, subieron al cielo nuestros hermanos los santos. A sus súplicas nos acogemos. —«Madre querida: tú, Reina de todos los santos y Madre nuestra queridísima, deja que la palabra de Jesús resuene en nuestros corazones. Haz silencio profundo para que su voz nítida y suave se perciba. Tú harás que creamos en Él. En su palabra, tan difícil de entender». Proclama una felicidad paradójica, **una felicidad que se encuentra en el desahucarse de todo y de todos para encontrar el amor,** para salvarse, para conocer, amar y gozar de Dios siempre.

➤ **Bienaventurados los pobres de espíritu, porque ellos llegarán al Reino de los cielos**

Ellos se juntarán a los santos. Los pobres de espíritu, los que se olvidan, en perfecto silencio, de sí mismos. Los que se desprenden no sólo del dinero, sino del apego a cosas, personas, al «yo». Son los pobres de Dios. Los que se dan cuenta que nada ni nadie es capaz de satisfacer los anhelos de felicidad que sienten. Los que con Santa Teresa saben que «**sólo Dios basta**». Los que con Juan de la Cruz se abandonan a sí mismos para amar: «Mi alma se ha empleado y todo mi caudal a su servicio. Ya no guardo ganado ni tengo otro oficio, que ya sólo en amar es mi ejercicio».

➤ **Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados**

Saber llorar con resignación, sin protesta ni inquietud. Convertir lágrimas en perlas. Saber cantar cuando se sufre. Felices los que lloran, ellos serán consolados. «Será el dolor que viniere, en buena hora recibido. Venga, pues que Dios lo quiere... ¿Qué me importa verme herido, si es Dios el que me hiere?» (Pemán).

➤ **Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios**

La pureza clarifica y agudiza la vista. El cristal del alma se transparente, y Dios se mira en él. El vicio oprime el corazón, ahoga el amor, siembra amarguras.

➤ **Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia; de ellos es el Reino de los cielos**

De los que son perseguidos por amar y servir a Dios. Al declararse sus amigos, son perseguidos por el mundo. Son los incomprendidos de todos los siglos. Los que pueblan el cielo que hoy la liturgia abre ante nuestros ojos extasiados.

–«Madre querida: Jesús me ha señalado el camino en su Evangelio de las Bienaventuranzas. Mis hermanos santos del cielo me estimulan con su ejemplo a recorrerlo con paciencia y alegría».

«Tú nos ofreces en ellos el ejemplo de su vida, la ayuda de su intercesión y la participación en su destino, para que, animados por su presencia alentadora, luchemos sin desfallecer en la carrera y alcancemos la corona de gloria que no se marchita».

–«Madre: arráncame de la tierra, arrástrame al cielo. Quiero irme ya contigo. Sentir cada vez más viva esa nostalgia que enloquece. Nostalgia de cielo que sólo la presencia divina calma».

«Descubre tu presencia, máteme tu vista y hermosura. Mira que la dolencia de amor que no se cura sino con la presencia y la figura» (San Juan de la Cruz). Esperar el instante en que la llama de amor viva que tiernamente hiere en el más profundo centro de sus almas rompa por fin la tela del dulce encuentro con Dios. **Esta esperanza, como a los primeros cristianos, los mantiene en pie de guerra mientras cruzan la tierra.** Al ver el ejemplo de sus hermanos paganos, que hacen de ésta la verdadera vida, no se dejan contagiar. Recuerdan las palabras de Tobías aceptando su ceguera y alabando a Dios en ella cuando sus familiares y amigos se burlaban de su vida sirviendo al Señor: «Somos hijos de Santos, y esperamos aquella vida que Dios dará a cuantos creen en Él y nunca se dejan engañar creyendo en las cosas de este mundo» (Tb 2,18).

LAS BIENAVENTURANZAS, RETRATO DE JESÚS

Es difícil no ser tocado por estas palabras de Jesús, y es justo el deseo de entenderlas y de acogerlas cada vez más plenamente. Las bienaventuranzas contienen el "carnet de identidad" del cristiano - este es nuestro carnet de identidad-, porque dibujan el rostro de Jesús, su forma de vida.

Pero no entenderíamos las bienaventuranzas si no advirtiéramos que son, ante todo, un autorretrato de Jesús. Él ha sido, en rigor, el único que ha cumplido y vivido hasta el fondo las ocho bienaventuranzas.

Él fue pobre. Pobre material y pobre de espíritu. No tenía dónde reclinar la cabeza y su corazón estaba abierto en plenitud a su Padre. Nació pobre, fue reconocido y seguido por los pobres, vivió como un trabajador, murió desnudo y en sepulcro prestado fue sepultado. Su pobreza santificó para siempre toda pobreza.

Él fue manso. Era su dulzura lo que cautivaba a sus amigos y su fortaleza lo que aterraba a sus enemigos. Era su dulzura lo que atraía a los niños y su seriedad lo que desconcertaba a Pilato y a Herodes. Los enfermos le buscaban, los pecadores se sentían perdonados sólo con verle.

Consolaba a los que sufrían, perdonaba a los que le crucificaban. Sólo los hipócritas le temían. Era la misma mansedumbre, es decir, una fortaleza que se expresa dulcemente.

Él conoció las lágrimas. Pero no las malgastó en llantos inútiles. Lloró por Jerusalén, por la dureza de quienes no sabían comprender el don de Dios que estaba entre ellos. Lloró por los amigos. Lloró después lágrimas de sangre en Getsemaní por los pecados de todos los hombres. Entendió mejor que nadie que alguien tenía que morir para que el Amor fuera amado.

Nadie como **Él tuvo hambre** de la gloria de su Padre. Se olvidaba incluso de su hambre material cuando experimentaba el hambre de esa otra comida que era la voluntad de su Padre. En la cruz gritaría de sed. Y no de agua o vinagre.

Fue **el misericordioso.** Toda su vida fue un despliegue de misericordia. Él es el padre del hijo pródigo y el pastor angustiado por la oveja perdida. Todos sus milagros brotan de la misericordia. Su alma literalmente se abría ante aquellas multitudes que vivían como ovejas sin pastor.

Su corazón era tan **limpio** que ni sus propios enemigos encontraban mancha en Él. “¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?”, se atrevía a preguntar (Jn 8, 46). Él era la pureza y la verdad encarnadas. Era el Camino, la Verdad y la Vida. Por eso era verdaderamente el Hijo de Dios.

Era la paz. Vino a traer la paz a los hombres, a reparar la grieta belicosa que había entre la humanidad y Dios. Los ángeles gritaron “¡paz!” cuando Él nacía. Y fue efectivamente paz para todos. Al despedirse dijo: “*La paz os dejo, mi paz os doy*” (Jn 14, 27)

Y murió en la cruz. Fue **perseguido por causa de la justicia** y por la justicia inmolado. Era demasiado honesto para que sus contemporáneos pudieran soportarle. Y murió.

Y porque fue pobre, manso, limpio y misericordioso, y porque lloró y tuvo hambre de justicia, porque sembró la paz y fue perseguido, por todo ello, en Él se inauguró el Reino de Dios.

ORACIÓN

(San Francisco de Asís)

Señor, haz de mi un instrumento de tu paz.

Que allá donde hay odio, yo ponga el amor.

Que allá donde hay ofensa, yo ponga el perdón.

Que allá donde hay discordia, yo ponga la unión.

Que allá donde hay error, yo ponga la verdad.

Que allá donde hay duda, yo ponga la Fe.

Que allá donde hay desesperación, yo ponga la esperanza.

Que allá donde hay tinieblas, yo ponga la luz.

Que allá donde hay tristeza, yo ponga la alegría.

Oh Señor, que yo no busque tanto

ser consolado, cuanto consolar,

ser comprendido, cuanto comprender,

ser amado, cuanto amar.

Porque es dándose como se recibe,

es olvidándose de sí mismo como uno se encuentra a sí mismo,

es perdonando, como se es perdonado,

es muriendo como se resucita a la vida eterna.